

Interpelar La Convivencia...Un Desafío

Laura Marín Pandolfi, IPA/INET marin.laura343@gmail.com - Elvira Saldaña Blanco, IPA/IINN elvisal@adinet.com.uy

Estamos asistiendo a un escenario donde la insoslayable crisis institucional nos invita a la reflexión, con el propósito de resignificar nuestras prácticas educativas, desde una mirada intencional a la temática que nos convoca.

¿Qué se entiende por convivencia? Ianni, Norberto Daniel y Pérez Elena (1998:11), sostienen que: *"...con-vivir implica vivir la propia vida sujeta a con: la compañía, los otros, en términos generales la sociedad."*

Nos invade la idea de emprender un registro, que permita inexorablemente analizar nuestras experiencias, a partir de ciertos signos que remitan a la noción de convivencia.

Probablemente existan otras representaciones con las cuales pretendamos satisfacer nuestra necesidad de construir sentidos, de llenar el mundo de significados. La plasticidad del concepto permite la posibilidad de abordarlo en una suerte de inter, intra y transdisciplinariedad sin delimitarlo a diferentes niveles y contextos.

El término nos habla del fenómeno de *"coexistir con otros"* tejiendo vínculos definitivos, transitorios o ambiguos que nos fortalecen o debilitan y que representan una construcción progresiva, personal, grupal, socio-histórica.

La realidad cotidiana en la que estamos inmersos, nos lleva a fundar sistemas de coexistencia que exigen comunicación y participación de todos los actores. Requiere poder interrelacionarse, crear espacios y ámbitos en los que cada uno pueda ser escuchado, reconocido y capaz de aportar un ladrillo en esa obra por edificar.

Nuestras experiencias nos remiten especialmente a espacios educativos, dando cuenta de especulaciones sobre la calidad de los vínculos entre nosotros, seres semejantes y a la vez tan diferentes. Esto nos lleva a interrogarnos sobre cómo se desenvuelve nuestra práctica cotidiana. Su calidad puede debilitarse, por la carencia de momentos de interpelarnos sobre cómo interactuamos frente al peso de las rutinas institucionales.

Si pudiéramos abordar con sabiduría y valor las interacciones, es probable que lográsemos enriquecerlas, para evitar que la rutina y el estrés nos impidan sentir los sabores y sinsabores que podamos apreciar en los vínculos.

Para que asumamos la educación como una práctica de la convivencia, necesitamos elaborar nuestro propio estilo y reelaborarlo con los educandos y fundamentalmente con nuestros pares.

La participación sería el camino; ella transforma porque crea lazos, compromete, personaliza, saca del anonimato, ayuda a crecer.

Un aspecto decisivo en ese proceso, radica en la voluntad de querer comprender los posicionamientos de las personas involucradas. La comprensión incluye apertura y generosidad.

La escucha se constituiría en uno de los cimientos a fortalecer. Tanto hacia los otros como hacia nosotros mismos y ello permitiría reconocer nuestras voces interiores.

También la confianza en el descubrimiento del Otro como referente valioso de nuestra existencia, es en sí misma una actitud a aprehender, que lleva implícito el aprender a convivir. Así, se han de plantear encuentros interpersonales enriquecedores donde se acepten las diferencias y se logren acuerdos.

El cómo aprender a Vivir-Con, replantea lo concerniente a la educación como parte responsable de la formación en ciudadanía y posibilitadora de la cohesión social.

"...Construir la convivencia significa poner el acento en la educación, apostar a la palabra, creer en la palabra como aquello más propio del sujeto, el mejor camino para su crecimiento y ubicación en su contexto..." (Ianni, Norberto Daniel y Pérez, Elena 1998:18).

Mediante la palabra se puede dar cauce a las emociones, y también hacerse cargo de los actos.

¿Qué sucede cuando la institución no la habilita?
¿Cómo se vuelcan esas emociones no "habladas"? Pueden registrarse en contra del sujeto o plasmarse en la acción como actuaciones insensatas y conflictivas.

Por eso consideramos relevante, dar lugar a la participación como campo de despliegue de una palabra que, además de expresar emociones y hacerse cargo de ellas, se convierta en acción personalizante, grupal, coordinada por adultos confiables, referentes, modelos identificatorios; adultos que también necesitarán sus propios espacios para "realimentarse", hacer críticas y autocríticas, establecer acuerdos....

En ese sentido, consideramos necesario rescatar el valor de la palabra como instrumento mediador entre el sentir y el hacer.

Actualmente enfrentamos un grave problema: está devaluada, descalificada. Cuando no se cumple, pierde en eficacia como herramienta valiosa para officiar de dique ante los impulsos y la violencia.

"...En efecto, si somos capaces de apostar a la palabra promoviendo el diálogo, la comunicación, la reflexión, el juicio crítico y la confianza, (...) estamos apostando a la vida, al deseo, es decir a Eros y, al menos, reduciendo el espacio de Tánatos" (Ianni, Norberto Daniel y Pérez, Elena 1998:24).

Expresiones como:

- no quiero problemas
- ya fue
- me da lo mismo
- total todo sigue igual

Son reveladoras de una cultura de la desesperanza, eco monótono del discurso social.

La idea central que guía nuestra reflexión, es la búsqueda de los encuentros que potencien el trabajo educativo. Y para alcanzar esos espacios, la apuesta es el diálogo.

Pero esta apertura al diálogo requiere aceptación de los códigos de la cultura social que caracteriza a los protagonistas de esos compromisos. Hasta tanto no revisemos esto, estaremos propiciando aún más el "malestar en la cultura" que parece identificar a los personajes de la cotidianeidad.

¿Cómo hacer entonces para aceptar las diferencias sin ocuparnos de negarlas?

Resultaría pretencioso intentar dar la respuesta, pero apelamos a la creatividad como fermento posibilitador de dicha aceptación.

"...La alteridad consiste en la aceptación "del otro" en tanto sujeto pensante y autónomo, y considerar a cada actor institucional como otro con el que se mantienen relaciones afectivas y vínculos intelectuales, no sólo en un vínculo de aceptación sino también de hostilidad, de rivalidad. Estos vínculos ambivalentes entre los miembros generan malestar, tensión, renunciamiento de los propios deseos..." (Ianni, Norberto Daniel y Pérez, Elena 1998:39).

Ya antes de nacer somos sujetados por la cultura para nuestra humanización. Según Aulagnier, Piera (1991:163), cada sujeto mediante el "contrato narcisista" queda anudado a los valores vigentes en una cultura dada. Las normas, las reglas éticas, el discurso social en general, son enunciados desde otras personas significativas (padres, docentes, educadores) que en algún momento se constituyen en interlocutores válidos, es decir, que actúan como referentes en el proceso de socialización y la construcción de subjetividad.

Nacemos en una matriz social que nos constituye. Vivimos permanentemente, formando parte de instituciones (familia, escuela, estado) que nos estructuran como sujetos, al mismo tiempo que son creadas y transformadas por nosotros mismos.

En las relaciones humanas emergen tiempos de armonía, cooperación y también de confrontación. Frustraciones y desavenencias, coexisten con acontecimientos saludables y gratificantes. Desde el conflicto, se develan situaciones clave para promover el diálogo, el respeto, la cooperación y la búsqueda de la resolución pacífica del mismo.

¿Cómo lograr entonces, constituirnos en interlocutores válidos, para cumplir con el encargo socio-simbólico que nos es dado por la cultura?

Conflicto y malestar siempre hubo y habrá en las instituciones. El grado de salud institucional no se mide por la ausencia de ellos, sino por la forma en que cada uno los reconoce y afronta, en la búsqueda de soluciones.

Es imposible concebir participación, comprensión, escucha, confianza y diálogo sin aprovechar el conflicto como eje articulador y sin establecer estrategias para su enmienda.

Dado que los procesos pedagógicos y la convivencia institucional están indisolublemente vinculados entre sí, incluirla en el marco de la calidad educativa requiere abordarla fundamentalmente desde una mirada vincular, y desde el quehacer concerniente a lo relacional.

La institución constituye un espacio irremplazable para la exploración de las relaciones interpersonales que se construyen, significan y resignifican cotidianamente.

Entonces surge...cierta idea conclusiva: La auténtica convivencia no alude a la ausencia de conflictos, pero sí asegura que puedan encontrar cauce con la mayor economía de tiempo y esfuerzos. Y por qué no, también decirlo, de sufrimiento.

Referencias bibliográficas

AULAGNIER, Piera (1991): La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado. Buenos Aires: Amorrortu.

CASULLO, Alicia Beatriz (2003): Psicología y Educación: Encuentros y desencuentros en la situación educativa. Buenos Aires: Santillana.

GARCÍA MOLINA, José (2003): Dar (la) palabra. Deseo, don y ética en educación social. Barcelona: Gedisa.

FRIGERIO, Graciela y DIKER Gabriela (2008): "Para seguir el diálogo: no menos de siete saberes", en INFANCIA Y DERECHOS: Las raíces de la sostenibilidad. Santiago, Chile: Andros Ltda. pp. 57-59.

IANNI, Norberto Daniel y PÉREZ, Elena (2004): La convivencia en la escuela: un hecho, una construcción. Buenos Aires: Paidós.